

blar con el suyo, y el cántaro está como salió de casa. Dividense á rincones oscuros ó portales cercanos á la fuente, á tiempo que la ronda de media docena de alguaciles, con mucha bulla y aquello de: Ténganse á la justicia, ¿quién dirémos? los espanta. Una suelta el cántaro por huir, y á su galan se le cae el sombrero por escaparse; otra, que está en un portal con su guapo, se suben él y ella una escalera arriba; otra da en manos de un alguacil; alligese á vueltas de buen rostro, repara en ella el ministro, porque le ha concedido el verla la luz que le ha comunicado un bodegoncillo cercano; parécete bien, y en lugar de hacer su oficio, la requiebra ó manosea, dale palabra de que el día siguiente se verá con él en tal parte, y despedida se va á casa sin agua. La que subió la escalera arriba con su cuyo, turbada se le cae el cántaro á la puerta de un cuarto de la casa; salen al ruido dos mozos, y al dicho galan de Mariblanca le dan una sotana de palos, creyendo que atrevido con la regla del medio partir se había puesto á multiplicar; á ella la ponen de palabra, mejor que merecía. Salen fuera, y ella se va sin cántaro á casa. Otra que á lo oscuro de un rincón se había ido con la turbación que la justicia la puso, se le cae la mantilla, y sin ella se ausenta; vanse á casa al cabo de dos horas: la una dice que no ha podido llenar por haber mucha gente; otra que por llenar la han quebrado el cántaro; otra entra muy espantada, santiaguándose, diciendo que de milagro de Dios viene con vida, que no sabe cómo se ha librado de mas de treinta espadas desnudas, que por bien empleado da el haber perdido la mantilla y no la vida. Los amos, aunque riñen, al fin lo creen; y no creen los pecados que evitan en evitar que vayan á tal hora por agua, y el ahorro que al cabo del año se hallan, dando limosna á un pobre aguador para que lo traiga, excusando la murmuración, el escándalo, el tiempo mal gastado, con tantos pecados mortales; y cree, amigo Onofre, prosiguió Juanillo, que se me ofrecía harto que decir, pero no quiero detenerme en las calles de Madrid de noche, que huelen mal las verdades, y temo la ronda del mal gusto no me encuentre y murmure las razones.

DISCURSO XIV.

La noche triste, muerte del mas alegre día, había tendido su negro manto, con que avisa á los mortales que todo tiene fin. Y ya aquellos que su vida y costumbres no caben en el mundo de día se van disponiendo para salir de noche; y Juanillo dijo á Onofre así: Pues nuestro entretenimiento es oír y ver las cosas mas notables que en aqueste mundo abreviado suceden, y ya que no sean todas, la mayor parte no ha de ser posible, atenderémos á las que pudieran registrar. Cuando á la puerta de una taberna vieron que se había llegado mucha gente, y acercándose Juanillo, preguntó á un mozo la causa, á quien respondió así: Este ruido es que llevaban á la cárcel á un hombre y una mujer, y se han entrado á socorrer en esta casa como á sagrado, por

ser el dueño lacayo de un vizconde, y que por entonces no estaba en ella, que si lo estuviera, no se hubiera atrevido la justicia á entrar dentro, porque era Toribio peor que el diablo, y no sufría burlas. Y reparando atentos los dos amigos, vieron que la justicia quería descubrir la cara á la mujer, y ella lo defendía con grande extremo, pues no era bastante el ofrecer dejarla libre si lo hacía, hasta que la mujer del señor Toribio, atando la boquilla del pellejo que gobernaba, se levantó del puesto donde media, y á fuerza la hizo descubrir, manifestando un bulto de tiniebla ó mendrugo de azabache, pues era una negra, con mas hocico que el de un puerco, pero ladina portuguesa. El hombre que con ella cogieron se quedó turbado, sin saber qué decir, hasta que el alguacil le dijo: Cierro que iba vuestra merced muy bien empleado con tan buena alhaja; ¿es posible que un hombre blanco haga tal? El hombre, absorto y como fuera de sí, no hacia mas de mirar y hacerse cruces mal formadas en el rostro, diciendo con medias razones repujadas á pausas: Por blanca y muy bizarra la he tenido, porque el lenguaje podía engañar al mas avisado, así en lo pulido de las razones como en lo entendido de ellas; no he tenido ocasion de haberla visto la cara, ni aun una mano, porque el manto y los guantes lo han defendido; hela dicho que se descubriese para verla la cara, á lo que me respondió que amor vendado vencia, y otras razones á este tono, á tiempo que vuestras mercedes llegaron, y ahora los suplico la envíen con Dios, y á mí me lleven donde gustaren. Púsose de por medio la señora de casa, con que dejaron ir libres el día y la noche en aquellos dos amantes. Entre la gente que había llegado fué uno un sacerdote, que habiendo visto lo que había pasado, y oyendo á algunos que espantados estaban del engaño de la negra, los dijo así: Mueho me admira que de un rostro negro hagan tanta novedad los hombres, y no la hagan de una alma en pecado, que estándolo, no hay cosa mas fea y abominable. ¿Qué mujer hay de aquestas de mal vivir, pues solo es engañar, que aunque á la vista sea hermosa y blanca, todo aquello no pasa del rostro, pues solo del rostro cuidan para contentar, dejando el alma mas podrida y asquerosa que las hediondas bafeas que arroja la sierpe cuando se renueva? Pues ¿qué mujer, volvió á decir, hay destas que no procure dejar á un hombre tan feo y espantoso que por no verle cierran los ángeles los ojos? Adelante deseaba Onofre que pasara, pero dió fin á sus razones por la indecencia del lugar, que el que oye hablar á puerta de taberna, no repara en el dueño de las razones, pues de ordinario juzga ser la causa la mercadería que allí se vende.

Su viaje siguieron Onofre y Juanillo, y á breve instancia vieron á la puerta de otra tienda de vino cuatro mozos de buena edad y pocas barbas, que tratando de la valentía, dijo el uno que sabiendo las cuatro generales, no había menester mas para salir en un juego público; á lo que otro respondió que aunque eran las principales heridas, no bastaba el saberlas, sin saber defenderlas del contrario. Otro dijo que no había mas destreza que

buen ánimo y tirar estocadas. El otro, que no había hablado por tener la boca ocupada mascando algo, dijo: ¿Qué destreza como la deste laud, puesto en el ángulo corvo, y no estarnos mareando con sus ángulos obtusos y agudos? Empinó con esto el jarro, y entrególe á otra para que hiciese la razon, á tiempo que dos estudian tes salian de la taberna sin pagar despues de haber bebido, á quien la medidora daba voces, diciendo: ¿Quién es el que ha de pagar el vino? Y los cuatro amigos, que no habían reparado en los estudiantes, creyendo que con ellos hablaba, la respondieron que otra vez mirase la cara á quien echaba el vino, y no fuese bachillera. La moza respondió que no hablaba con ellos, que lo había dicho por dos estudiantes que se habían ido sin pagar. Llegó á este tiempo el dueño de la casa, y habiendo oído decir que se iban sin pagar empezó á gruñir entre dientes, hasta que rompió con la voz, y dijo que era mucha desvergüenza la que se hacía en su casa, mirando á los cuatro amigos desde los piés á la cabeza; y el uno, enfadado de que los mirase y hablase de aquel modo, no teniendo ellos la culpa, le dijo que se fuese poco á poco, ó trajese espada para hablar como hombre, y no como dueña. Entró por ella como un viento, y la medidora empezó á dar voces, y como le vió salir con espada desnuda, desamparó el pellejo, sin echarle freno en la boca, y fué á favorecer á su amo. Al salir á la calle los cuatro camaradas echaron á rodar una mesa de castañas asadas y una olla de mondongo, echando al aire las discípulas de Narvaez; y al salir el tabernero se dieron un trasquilón, obrado de un tajo, con que dijo: ¡Confesion, que me han muerto! Llegó justicia, y los cuatro diestros se fueron al cuarto de la salud. Asieron del herido para meterlo en casa, toda alboratada, llena de gente, y el baño y el suelo lleno de vino; llamaron á un barbero para que le tomase la sangre y curase, y despues de curado, le tomaron su declaracion, luego á la medidora, castañera y mondonguera, que tenían que llorar, una sus castañas, otra su mondongo, otra su vino, y el tabernero su cabeza rota; y por si acaso había heridos de la otra parte, le llevaron á la cárcel, embargándole cuanto tenia, depositándolo en un bodegonero, compadre suyo. Estaban Juanillo y Onofre mirándolo todo, admirados de los lances impensados que le vienen á un hombre sin buscarlos. Si este hombre, dijo Onofre, hubiera tenido mas prudencia, sin echarse tan presto con la carga, y mas atento supiera quién eran los culpados, y por cantidad que serian cuatro cuartos cuando mas, se reportara y juzgara que á lo hecho no había ya remedio, mas quieto se hallara ahora, y no que por haber hablado arrojadamente, se halla herido, preso, y su vino vertido, y que le costará su dinero. Vamos de aquí, dijo Juanillo, acercándonos á la Plaza Mayor, pues la noche convida con su quietud y claridad. Así lo hicieron, y antes de llegar á la plazuela de Anton Martin, vieron que la ronda de unos ministros de corte habían detenido á un hombre á quien quitaron un broquel y un estoque; y como le hallaron aquellas armas indecentes, le miraron con mas cuida-

do, y toparon dos pistolas cargadas; y preguntándole quién era, que se atrevía á traer aquellas armas vedadas, respondió que hermano de un despensero, y que él era botiller de un señor; y si le quitaban algo de lo que llevaba, se enojaria su amo, y les pesaria de haberlo hecho, á lo que un ministro enojado, levantando la mano, le sacudió con unas cuantas puñadas, dejándose las muy bien asidas, y á empellones le fué guiando á la casa donde un ángel tremola la espada de la justicia, para que allí amansase los tufos, como lo hacen los mas valientes. Si este zafio gallego, dijo Onofre, que en el habla he conocido que lo es, se atreve á esto, ¿qué hará quien con alguna libertad puede? Así está todo perdido, replicó Juanillo, pues apenas entran estos monstruos galicianos en Madrid, cuando para comer asen de una esportilla, ó tomando dos cántaros trasiegan agua, y luego subiendo á mayores, se acomodan á lacayos de un señor, y apenas lo son, cuando se echan vaina abierta, y muy tiesos de cola se la van mirando como á cosa que nuevamente sale de aquel bulto; y luego no falta una Dominga, que hecha ama por la leche, le da para coleccion, con que á pocos escalones sube al extremo que este que va á la cárcel.

Su camino seguian los dos amigos, cuando á la puerta de una tienda de tabaco vieron dos fantasmas amortajadas en seda, mas melindrosos que titeres de vidrio, destos que lo mas del año traen los zapatos con los tacones acuchillados y cosidos con lazos negros, la espada muy limpia, y la camisa no tanto, muy barbihechos de rostro, y deshechos de vientre, sombrerito trique, y vueltas bailarinas, y lacito de color en la negra toquilla; en fin, son los que sirven de carga á un macho ó mula, que parece de tahona, acompañando á una silla, donde va una dueña de la edad, atenidos á tres reales cada día. Estaba el uno, muy vejiga en lo hueco, contando al otro las gracias y partes de su dama; alabábala el pié, y por apocarle decia que era un pigme, y que muchas veces le parecia duende. Sin reservar lo mas secreto, la fué pintando, y luego pasó á las alhajas del cuarto de casa, contando del estrado y colgaduras de la cama, adorno de pinturas, escritorios y demás trastos, hasta que cansado de mentir, dió lugar para que empezara el otro. Los dos amigos estaban atentos, y Juanillo, ya cansado de oír á un tonto, dijo á su amigo: Yo apostaré que la tal dama calza sus ocho largos de zapato, y tendrá los piés con mas juanillos que dedos, y apenas llegará de la ronda cuando se descalzará, para que salgan los malos humores; y aunque salen algunos, muchos entran. Miren este bobo, que quiere sustentar con veinte y cinco cuartos, que el ochavo que falta á tres reales que le dan es la renta del mayordomo; y si quiere Dios, el estrado será un redor de real y medio; la cama un mal jergon, lleno de la pajaza donde viene el vidrio; las colgaduras las que teje el araña, que el cuarto de la vivienda será el primero donde con mas libertad anidan ratones, y nacen los gatos ariscos. Los escritorios serán una arquilla de seis reales, comprada en la tornería, donde guarda las drogas que la pintan el ros-

tro, que para los vestidos no ha menester encierro, que solo el que trae es el que tiene. Las pinturas serán cuatro papelones enalmagrados de los que traen los franceses. Y aunque fuera verdad cuanto ha dicho, dijo Onofre, y tuviera una dama como un ángel, para qué la alaba á otro hombre, sabiendo que el deseo es ave que vuela, y que todo cuanto habla es poner alientos de verla en el que escucha. ¡Oh qué tontedad en muchos que hay como este! Que aun de sus propias mujeres manifiestan las gracias en públicas conversaciones, sin reparar que el real sitio del Escorial se desea ver por lo que se oye alabar; el que le ha visto apasionado alaba sus partes, y el que escucha labra deseos de verlas; lo mismo sucede alabando el mentecato cuatro melindres de su dama ó mujer, que el que escucha desea verlos, y procura que se hagan con él para notarlos mejor; y aunque se quede con deseos no mas, ya basta la intencion de ofendelle, por ser hablador. Alabar las partes de la mujer, pruebo que es bueno, siendo las del alma, como decir: Tengo una mujer, que me ha dado el cielo, virtuosa y santa; cada día confiesa y comulga, no consiente la murmuracion donde ella está, ni que se ofenda al prójimo; es caritativa y piadosa. El que escucha estas partes, solo dice: Gracias á Dios, ¡quién la imitara! ¡Dichosa ella y quien con ella habita! Pero el que escucha gracias del cuerpo y melindres exteriores, calla y desea el verlos; y viéndolos, procura gozar de aquel cariño, con que ya te ofende con el pensamiento, y se anima á la palabra, y si le surte, ejecuta la obra, teniendo tú la culpa de todo.

Cansados de haber oido aquellos dos tontos, mudaron de sitio Onofre y Juanillo; y á pocos pasos oyeron que de una casa, algo oscura la entrada, salia un ay lastimoso, repetido algunas veces; y con el deseo de saber, pues no los movia otra cosa, se detuvieron, y Onofre, como mas animoso, entró en el zaguan, donde oyó formadas razones, y aunque revueltas entre ansias, conoció eran de mujer, y prestando el oido atento, notó que la que se quejaba decia así: ¿Es posible que no baste el llevarme mi pobre hacienda y la ajena sin tenerme á mí y á esa criatura atadas deste modo? ¿Qué defensa ven en una pobre mujer sola, sin mas amparo que el de Dios? No hubo menester Onofre oír mas razones, pues en las que habia escuchado conoció que eran ladrones, y sacando la espada, entró mas adentro, hasta que el resplandor que salia por el agujero de una puerta, comunicado de una luz, le informó ser allí donde se formaban aquellas amargas quejas, y sin atender al riesgo que le podia venir, dió tan grande golpe á la puerta, que saltando un pedazo de tabla, quedó bastante abertura para que viese eran dos hombres, que estaban liando lo que habia en el aposento, y ya turbados con el golpe de la puerta, mostraban cobardía en sus acciones, á tiempo que ejecutando Onofre otro golpe en la puerta, quedó franca la entrada, acometiendo y diciéndoles: ¡Ah, ladrones infames! ¿cómo os atreveis á una pobre mujer? dando al uno tan recia cuchillada, que obediente besó la tierra,

y el otro temblando no sabia lo que le habia sucedido, á tiempo que dos vecinos de la casa, que vivian en el cuarto alto bajaban con luz y sus espadas desnudas; pero ya Onofre los habia quitado á los ladrones las espadas, y Juanillo habia desatado á la mujer, pues ya se venia á Onofre, agradeciéndole el piadoso socorro; y como hay ministros sobrados por cualquiera parte, en esta no faltaron, pues media docena llenaron el aposento, empezando á preguntar la causa de aquel alboroto, á quien Onofre dijo que la dueña de casa daría mas razon que nadie, y ella medrosa y llorosa dijo así: Yo soy una pobre mujer, lavandera; viniendo esta noche del río, abrí este aposento, y dejando dentro esta criatura, salí á encender una luz, y cuando volví con ella hallé á estos dos hombres dentro, que la primera palabra fué decirme que el callar me daría la vida, y asíndome las manos, me las ataron, haciendo lo mismo á esta criatura, sin tener piedad de sus tiernas lágrimas; vi que iban liando toda la ropa, sin reservar nada, en ocasion que estos dos señores, que ángeles deban de ser, echaron la puerta en el suelo, socorriéndome. Lo demás diré yo, dijo Onofre, pues el haberlo hecho fué que, pasando por la calle, oí las quejas desta pobre mujer, y habiendo notado en ellas la causa, entré á darla socorro, y creyendo que estos hombres se pudiesen en defensa, los acometí con la espada á la mano. A ese tiempo bajamos nosotros, dijeron los vecinos, por haber oido decir: ¿Cómo os atreveis á una pobre mujer? En fin, la justicia, atando un pañuelo al herido, maniatándolos, ordenaron de llevarlos á la cárcel, suplicando á Onofre los acompañase hasta en casa de un juez para que dijese su dicho, á quien Onofre obedeció, quedando el juez y todos los ministros agradecidos de su bizarría, y despedidos, se fueron los dos amigos á proseguir su tarea.

DISCURSO XV.

Avisos daban los relojes á la vida humana de su velocidad y carrera, pues apenas la empieza, cuando apenas halla carrera que seguir. Mira que tienes una hora menos de vida, ya te aviso; esto hace el primer reloj que se oye, y los demás avisan lo que ya se sabe. Contando las horas estaban Juanillo y Onofre, á tiempo que un agua va de una fregona, dama del esparto molido, los hizo detener con algun temor, aunque estaban lejos, y mintió, según se vió, pues arrojó bien poca agua; acertó á caer en las costas todo el principal á dos hombres que, al oír decir agua va, levantaron la vista para huir del relámpago, y les dió el trueno sin perderse nada, pues antes de llegar al suelo lo recogieron. El uno, que á lo que se oyó no tenia mucha paciencia, empezó á decir razones notables, sin reservar el eres una tal tú y tu ama. El otro no hacia mas de sacudirse, cuando la luz del farol de un demandante los acabó de rematar la poca paciencia que los habia quedado, pues vieron lo que rato habia que oían, siendo causa para que, coléricos y determinados, quitándole la luz, subiesen una

escalera que les pareció ser camino para su venganza, y llamando á una puerta, de donde les pareció habrian salido aquellos trastos digeridos, aunque lo hicieron con palabras injuriosas, viendo que nadie respondia, se bajaron á tiempo que al salir á la calle los cogió las enjuagaduras, de donde participó el pobre demandante; volvieron las razones en el colérico, y el otro con mucha paciencia dijo se fuesen, pues ya iban enjuagados.

A todo lo que habia sucedido estaban Onofre y Juanillo en un portal de enfrente, y viendo que se habian ido los escabechados, hicieron ellos lo mismo, hallándose á breves pasos en la calle Mayor, y de una casa, que por el hueco de la cerradura de la puerta manifestaba haber luz dentro, oyeron una voz agradable, á quien suspensos atendieron por gozar lo dulce de su eco, que el dueño por divertirse cantaba así:

Corazon, ¿qué pretendes, Que te atreves á dar Suspiros á las rejas De la mayor beldad? Deten el paso altivo, No quieras emplear Tu amor en imposibles, Pudiendo quieto andar. Sosiégate, que avisos Doy á tu voluntad; Pues teniéndola libre, La quieres cautivar. Desvanecerte miro, Con gran desigualdad; Pues humilde pretendes Hasta el cielo llegar. Amar una hermosura Que no se ha de alcanzar, Es un querer que pasa A ser locura ya. Dirás que no hay mas dicha Que prisionero estar, Donde es cierto que un ángel Dulces prisiones da.	Y que atrevido quieres En sus altares dar Todo un libre albedrío A quien puede mandar. Que teniendo tal dueño, Es la cautividad Alegria, y lo libre Triste prision será. Concedo que el amor En tí puede reinar, Mas mira que es criatura Sujeta por mortal. Amar al Hacedor Es el mejor amar; Pues aquello que hizo Deshacerlo podrá. - Esto un pastor cantaba, Cerca donde el cristal De encogido pasaba A ser corriente ya. Y desde sus orillas, Por crecer su caudal, Lágrimas le ofrecia, Que le cuestan llorar.
---	--

¡Quién será el dueño de tan agradable voz, dijo Onofre, que suspende con la dulzura de su canto? Aquí, respondió Juanillo, viven unos oficiales, que bordan cuanto hacen por sus manos, y sin duda estarán velando. Divertidos estaban los dos amigos, cuando llegaron á ellos dos pobres, según sus razones, pues en ellas declaraban serlo, y con mucha cortesía los pidieron una limosna para la posada, diciendo era grande su necesidad, y de pobres soldados estropeados de balazos. Compadecido Onofre, los dijo se cubriesen, echando mano á la faltriquera, cuando otros dos compañeros de los pobres asieron á Onofre y Juanillo por detrás, sin dejarlos ser dueños de sus acciones, ofreciéndose los que pidieron la limosna á mirarlos las bolsas; pero á esta ocasion de la puerta donde oyeron cantar salian cuatro mozos de buen brio, de los que con facilidad sacan la de Alemania de la angosta prision donde descansan, y como vieron bultos, se fueron acercando á ellos, y los ladrones ó pobres de conciencia, viendo el miedo á los ojos, soltaron la presa, y poniéndose en fuga con la diligencia posible; y así que Onofre se vió suelto, sacó la espada con tono de ¡ah, ladrones! á cuya voz

hicieron lo mismo los cuatro camaradas, ofreciéndose al alcance dellos, pero fué en vano, porque huian, y no es todo un huir con necesidad ó correr por gusto. Dejaronlos, preguntando la causa á Onofre, y sabida, se pelaban por no haberlos pelado, ofreciéndose los mozos de servirlos ó que mirasen si mandaban alguna cosa, de quien agradecidos Onofre y Juanillo, se despidieron, echando una calle abajo, donde oyeron de una cueva, que señales de tener luz la misma luz les daba, que salia una voz á lo francés; haciendo reparo, conocieron que era un figon, donde estaban aderezando aves; y atentos vieron que á unos gallos cortaban las crestas muy á raíz, y luego con el palillo de extender la masa los aporreaban las agudas pechugas, dejando las cuadradas alas que parecian perfiles; y luego los mechaban con tocino, y lardeaban con agua azafranada, dejándolos tan capados, que por tales pasaban plaza. ¡Ah, ladrones, engañadores del mundo! dijo Juanillo, no tan quedo que oido de los gabachos, los dieron con la trampa en los piés. Mudaron de sitio los dos amigos, y á poco espacio vieron salir luz de otra cueva, y cuidadosos notaron que en lo mas profundo della estaban un hombre y una mujer empleándose en ejercicios piadosos, pues cristianaban al hijo de Valdemoro; ella tenia el pellejo, y él con un jarro iba llenando las faltas. Plegue á Dios, dijo Juanillo, que reventados halleis los pellejos aguados por la mañana, ladrones con ganzúas de agua, que lo que Dios envia puro lo poneis tal, que no tiene brio para decir que es vino. ¡Que se consienta esto en el mundo! dijo Onofre. A quien Juanillo respondió: No te espantes, que así ha labrado esta casa en que vive, que algun príncipe no la tiene tan buena, y se pasea en un macho que vale ducientos ducados, y no ha muchos años que era mozo de pellejos en aquella taberna de enfrente, y el otro día corrió gansos en un caballo enjaezado; pero ¿para qué nos cansamos? que ya se pasó el tiempo del remedio, y vino el de la afliccion; ya se acabó el tiempo cuando se vendía vino, y ya ha muchos días que las lunas tabernales traen muestras de agua; no gastemos el tiempo tan mal gastado como en cosas que cada día van á peor; pero escucha, que, si no me engaña el oido, instrumentos suenan cerca, y puede ser que sea para cantar, pues el ruido que hacen parece que es templarlos. Así fué, que habiendo templado y concordado los instrumentos cuatro músicos, que amparados de dos embozados procurando publicar lo diestro de sus voces, cantaron así:

Si de tu hermosura quieres
Una copia con mil gracias,
Escucha, porque pretendo
El pintarla.
Eres dueña del lugar,
Bandolera de las almas,
Imán de los albedríos,
Linda alhaja.
Es tu talle hermoso y medroso,
Todo en un puño se halla,
Que siendo su dueño un ángel,
Me admiraba.
Un rasgo de tu hermosura
Quisiera yo al retratarla,

Que es estrella, es cielo, es sol,
No es sino el alba.
El atrevido que al pelo
Te mira por su desgracia,
Hallará en cadenas de oro
Prision larga.
Es tu frente toda nieve,
Y el alabastro batallas
Ofreció al amor, haciendo
En ella vaya.
Amor labró de tus cejas
Dos arcos para su aljaba,
Y debajo ha descubierto
Quien le mata.
Es tu nariz nada impropia,
De lo ajustado la mapa,
Y aunque cubre dos claveles,
Poco tapa.
Al resquicio de carmin
El dios vendado, en venganza,
Por guarda le puso perlas
En dos bandas.
En tu barba hay un sepulcro,
Donde se sepultan almas,
Y por matador al rostro
Le remata.
Dos azucenas animas
Pequeñas, pero tan blancas,
Que amor sin vista quedo
De mirarlas.
Remataré con el pié,
Trasto que apenas se halla,
Que tan hermoso edificio
Es poca planta.

Apenas hubieron acabado de cantar, cuando de una casa grande, cuyo zaguan no tenia puerta que le cerrase, vieron salir cuatro hombres, que despidiendo de sí las capas, manifestaron las manos ocupadas con sus espadas y broqueles, y sin hablar mas razones de á los atrevidos se castiga así, empezaron á jugar el látigo con alentado brio, sin dar lugar á que los pobres músicos pudiesen en guarda sus instrumentos, pues haciendo escudo dellos, fueron los primeros que quebraron, en fin como cosa vana. Salieron á su defensa los dos embozados, pero aunque empezaron con buen aire, lo pasaron mal, pues habiéndole quebrado el broquel al uno, le alcanzó una estocada, dando en el suelo el cuerpo, y el aliento en el último vale de su vida; que á un ¡ay de mí! ¡muerto soy! se ausentaron los cuatro, y el compañero hizo lo mismo.

Absorto estaba Onofre de lo que habia pasado, á quien Juanillo dijo: El ausentarnos de aquí ha de ser luego, que si viene la justicia, puede ser que paguemos los justos por los pecadores. Hicieronlo con brevedad, y ya lejos preguntó Onofre á Juanillo la causa de lo que habia pasado, qué seria su principal motivo, pues no habian cantado aquellos hombres cosa que ofendiese á nadie; que atabar las partes de la belleza de una dama y sin nombrarla, permitido era en todo el mundo; á quien Juanillo respondió así: Esta música sin duda se daba á alguna dama para enamorarla, como si el oído se hubiera de enamorar del que paga la voz ó el que la tiene, pues mas razón será enamorarse del que canta bien que del tonto que se vale de otro para ser querido; y sin duda pretensores ó dueños de la casa de la dama eran los que defendieron el puesto, que son cosas que suceden, y muchas veces está la da-

ma á la vista, holgándose de que por su ocasión haya cuchilladas y muertes, que con eso cree que tiene partes para ser amada, pues por ella se pierden los hombres; y los tontos no reparan que los tiene poco amor quien gusta de verlos morir. Largo trecho se habian apartado, cuando á lo lejos vieron un bulto todo blanco, con una luz, que á ratos andaba hácia ellos, y á ratos se paraba, y que grande cantidad de perros al rededor le ladraban, con repetidos aullidos, y Juanillo muy arrimado á Onofre le dijo: ¡Hola! parece que aquel bulto cuando quiere se alarga y se acorta. Así es verdad, dijo Onofre, pero no temas, que puede ser cosa que despues nos haga convertir el temor en risa. También puede ser, replicó Juanillo, el alma de Garibay, que segun Quevedo dice, siempre anda cargado de perros, ó puede ser la de la lavandera de Toledo, ó el alma de Pedro Grullo, que como andamos entre verdades manifiestas, nos vendrá á hacer compañía. Todo este discurso habia hecho la medrosa imaginación de Juanillo, cuando ya mas cerca conocieron que era una mujer de las que llamamos traperas, que andaba mirando las busuras de la calle, toda revuelta en una mantilla blanca, con un esportillo en el brazo, y en la mano un palo con un garabato; y ya cobrado Juanillo del susto que le causó el ver que se alargaba cuando quería, haciéndolo cuando se bajaba á las basuras y volvía á enderezarse. ¡Oh qué de cosas forma en su idea la imaginación, y mas de noche! decia entre sí Juanillo, cuando emparejando con ella, la preguntó Onofre: ¿Qué hora es? A lo que la mujer respondió: Las once, y ya es hora de recogerse, y mas quien no tiene que hacer, pues no se gana nada en andar de noche. Pasaron adelante, y á poca estancia oyeron unos golpes, revueltos entre gemidos, y á ratos unos silbos medrosos, á que Onofre preguntó qué ruido era aquel. Y Juanillo respondió: Allí es un obrador, donde fabrican sombreros, y siempre trabajan con este ruido. ¡Oh miseria del mundo! dijo Onofre, ¡con qué trabajo ganan la comida algunos, y con cuánto descanso comen otros! A tiempo que llegando á la puerta de la casa, vieron por el hueco de la cerradura unos hombres medio desnudos, entre montes de niebla, amasando lana, á cuyo afán gemian y silaban. Estos hombres, dijo Onofre, cuando gimen se quejan de su fortuna rigurosa, pues del modo que se ve afanan para conservar la triste vida; y á mí entender cuando silban llaman á la muerte para que dé fin á tantos pesares. En esta contemplación estaba Onofre, cuando de una casa grande vieron abrir, de un balcon que hacia espaldas á la casa, una ventana, á cuyo ruido un hombre, que aguardando estaba aquel lance, vieron que se determinaba á subir por una reja baja, que se enlazaba con el balcon, donde abrieron la ventana; y reparando atentos los dos amigos, encubiertos en el hueco de un pórtico, vieron que de la ventana sacó una mujer el brazo, arrojando la punta de un cordel, dejando la otra atada al balcon, con que el que subia se ayudó para llegar arriba con brevedad, entrando por la ventana y cerrándola. Gran-

de atrevimiento es este, dijo Onofre, y no ha dado señales en la turbación de ser la primera vez que ha escalado la casa. ¡Oh mujer determinada, que á tal hora das entrada á un hombre por una ventana, sin mirar tantos riesgos como pueden venir! Eso, dijo Juanillo, ya lo hacen ellas con seguridad bastante. En esta casa vive un caballero, casado con una señora principal; tienen criadas, y alguna será la dueña del atrevimiento; estarán ya sus amos en la fuerza del primer sueño, y ella vigilante habrá aguardado hora para que su galán entre, sin reparar el que quiebra el precepto de fiel criada, que ultraja el sagrado de la casa, que si se entendiera tal caso, el dueño imaginara temerariamente en su inocente esposa, pues al oír decir: Un hombre entra á deshoras en tu casa por un balcon, ¡cuántas imaginaciones habian de batallar con su pensamiento, siendo causa de todo una vil criada! y cómo deben los que se sirven dellas procurar el examen riguroso de sus costumbres y mañas; y ya que no pueda ser, sea el que habiten lo mas á trasmano de la casa, sin que puedan ser dueñas de ver la calle de noche, pues con eso se corta el hilo á todas sus infames determinaciones. Aquí llegaba Juanillo, cuando vieron que volvian á abrir la ventana; ya salía el hombre que habia entrado, sacando de camino un envoltorio grande, que despues de haber bajado se le echó atado al cordel la señora, y cargado con él guió mas ligero que un viento, y ella, quitando el lazo, cerró la ventana.

¿Qué te parece? dijo Juanillo; ¡qué lance para llegar la justicia y asir deste galán cernicalo! Mira qué ocasion para que se descubriera la fiel criada que tal hace, que despues de violar la casa, la roba, y se puede creer, pues no es dificultoso el que sea, que la traerá engañada con que se ha de casar con ella; y deste modo vayan sangrando el hacienda de la casa. Ella pensará que en saliéndose ha de hallar ajuar en casa de su galán, y él se luce echando cada día su gala al tiempo, como muchos lo hacen, sin tener juros ni rentas. El que lo ve juzga el por dónde vendrá encañada tanta gala y tanto perejil, y mira los manantiales de donde producen. ¡Ah, mala mujer! que te engañas en engañar á quien se fia de tí; tu castigo te tengo de decir, pues por las obras presentes presto se copia las venideras. Atiende, te las pintaré, que puede ser que el miedo te traiga á la enmienda, diciéndote en lo que has de parar si corres tan desbocada.

Pareciéndote que ya tienes hacienda adquirida, como sabes, sin reparar que lo que es del diablo, él se lo lleva, buscas ocasion de reñir en casa de tus amos, para que te despidan; hácenlo, enfadados de tí y tus razones. Mira si supieran quién eres, ¿qué hicieran? Sales contenta en busca de la casa de tu galán, imaginaste poblada, y hállasla desierta; creíaste compuesta y alhajada, y hallan tus ojos muy poco que ver, pues contemplan una sala de esgrimidor. Preguntas por las alhajas que has ganado á la uña, y por las que con el dinero que le dabas pensaste que hubiera comprado;

respóndete que las tiene en casa de un amigo; créesele por el presente, porque no sabes quién es tu galán; pasa aquel primero día, y ya te mira junto á sí, y te contempla maza, que la dama en cuanto nueva es buena, pues solo el matrimonio de Dios honesto y virtuoso goza la dicha de no enfadar. Ya falta de tu lado el día entero y la entera noche; dícesle que cuándo os habeis de casar, y entretiénete con palabras; va rompiéndose el zapato, lo mismo hace la media, el manto pide otro, el vestido se rie de tí, la comida falta, el cariño no sobra; ves en él muchos desvíos; conócesle la flor, y procuras buscar la del berro, porque para tí no hay otro remedio; á él no se le da nada, porque siempre hombres de tal humor son mansos, y no riñen por cosa alguna. Tú te das prisa por lucirte, sin desechar ripio; pasa un día y otro día, naturaleza se va cansando, el mal humor reina, y el pecado va arrojando sus ganancias á la vista, disfrazadas en un color entre morado y colorado, que enseña en las narices; allí le arroja, por ser la parte donde toma el primer bocado la tierra; extiéndese este color á la parte alta, sembrando por la frente unas rosas ó manchas, que mas son manchas que rosas, y como no se descuida el mal humor que reina dentro, hace madurar estas manchas, convirtiéndolas en gomas. Los mas árboles la crian, y donde la muestran es en parte que ha recibido herida ó golpe, ó fué causa de daño; allí arroja la goma, y el cuerpo humano en el rostro, como parte que fué principal instrumento para adquirir este afán, que tanto desfigura, pues á la hermosura mas salada en gracias exteriores se le muda la forma en arrojando estas flores al rostro, causando desvío en quien mas la solicitó y quiso; aun entonces no procurarás el remedio entre estos golpes, con que dice el pecado: Aquí vivo y no muero, pues á mas no poder, harás lo que el mercader de paños, que tapa la buena pieza con el retal manchado ó con el pedazo que harto de rodar la tienda perdió el color; lo mismo harás, triste, á mas no poder, tapar otras mejores, si acaso hay mejoría entre tal gente, haciendo terceros papeles en tal comedia del demonio, hasta que cumpliendo la condenación de zarza, quedarás en el espinoso á vivir muriendo, dando con todo tu edificio en una cama. Dura la enfermedad, vas vendiendo lo comprado á mas de lo que costó, pues costó gustos y pasatiempos, y ahora se vende á peso de dolores, llanto y necesidad. El galán en un tiempo ya no te acude, porque no tienes qué te coma; acábase lo que hay que vender, y tropiezas en la puerta de la iglesia con llagas y dolores; y aun mucho mas merecias; pero quiero darte un consuelo, pues á las que son tales como tú, el mal de otros es gozo; que quien tiene entendimiento, tambien ha de sentir el ajeno como el propio. Escucha la vida de tu galán, que como le faltó lo que por el balcon le dabas, y se le acabó el socorro que hallaba en tí cuando podias trabajar, y como estaba enseñado á galas y paseo, y quedó habituado á sacar lios de hacienda por las ventanas, volvió á ello, pero le duró poco que lo mal ad-